



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Gustavo Sierra

**Kabul  
Bagdad  
Teherán**

Relatos desde los campos  
de batalla



**MAREA**  
EDITORIAL



## PRÓLOGO

Dos veces vi caer las torres de Nueva York. La primera, en mi imaginación. La segunda, en un video repetido una y mil veces en las pantallas de televisión de todo el mundo. Esas imágenes, cinco años más tarde, me siguen produciendo la misma sensación de angustia y de terror, una sensación idéntica a la que sentí al verlas por primera vez el 11 de septiembre de 2001.

A mediados de la década de los 80 trabajaba en Nueva York, en una oficina de la calle 33 desde donde tenía una buena vista del Lower Manhattan. Se destacaban las Torres Gemelas: eran el símbolo del poderío de la ciudad y de la tensión social que se vivía a causa de las *reaganomics*, la política de ajuste económico impuesta por la administración del presidente Ronald Reagan. Imaginaba entonces que esas torres en algún momento iban a reventar por la histeria y la violencia que se percibía en las calles como consecuencia de aquella política económica. En el interior de estas moles se ponían en práctica los grandes lineamientos emanados de la Casa Blanca y se daban las órdenes de despidos masivos, recortes en la cobertura social y reestructuraciones salvajes de las máximas corporaciones norteamericanas. Suponía que las Torres podrían explotar por la tensión interior, nunca por un efecto buscado y dirigido desde el exterior. Desde lejos se las veía tan poderosas y firmes como el Coloso de Rodas.

El 11 de septiembre de 2001 explotaron, pero nunca como lo había imaginado. No desaparecieron por causa de las *reaganomics*, que ya habían triunfado ampliamente en todo el mundo, sino por la acción descabellada

de un grupo de terroristas y un plan siniestro de un hombre común, el pakistaní-kuwaití, Khalid Sheikh Mohammed. Este ingeniero entrenado en Carolina del Norte fue quien en 1996 llevó la idea de estrellar aviones de pasajeros contra edificios emblemáticos estadounidenses a Osama bin Laden, el saudita que armó la más fabulosa red terrorista de la historia: Al Qaeda. Dos nombres que ese día tuve que incorporar a mi léxico cuando escribí el primer análisis de lo ocurrido en una magnífica edición especial que hicimos esa misma tarde en el diario *Clarín* de Buenos Aires. Nombres que me acompañan desde entonces y que transformaron mi vida familiar, social y profesional.

Dos meses más tarde me encontraba a bordo de un pequeño avión Topolev de las Naciones Unidas, piloteado por sudafricanos, viajando de Islamabad a la base de Bagram, a unos 80 kilómetros de Kabul. Éramos el primer grupo de periodistas en llegar por aire tras la caída del régimen de los talibanes. Aún se combatía en los alrededores de Kabul y en todo el sur del país. Los muyahaidines de la Alianza del Norte apoyados por la aviación aliada habían tomado la capital afgana apenas dos días antes. Viajaba con un sabor amargo en la boca y mi corazón estrujado por mis cuatro colegas asesinados unas horas antes en una emboscada al salir de Jalalabad en auto para avanzar con las tropas hacia Kabul. Julio Fuentes, del diario *El Mundo* de Madrid, María Grazia Cutuli, del *Corriere della Sera*, Harry Burton, el camarógrafo de Reuters, y Azizullah Haidari, fotógrafo de la misma agencia, fueron asesinados por una banda de ladrones que escapaba de los muyahaidines del Norte. Mi compañera María Laura Avignolo me había dado la noticia la noche anterior apenas llegué a Islamabad, la capital de Pakistán. Venía ella también huyendo de Jalalabad. Los habían atacado mientras esperaban avanzar en esa ciudad del

norte de Afganistán y a pocos kilómetros de la frontera paquistaní, tras el mítico cruce del Khiber Pass.

Los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN habían comenzado el 8 de octubre el ataque aéreo y con misiles desde los barcos anclados en el Golfo Pérsico. El objetivo primario fueron los campos de entrenamiento de la red terrorista Al Qaeda, cerca de Kabul y Kandahar, así como los centros de poder de los talibanes liderados por el *mullah* Omar, un hombre que había perdido un ojo y una pierna cuando combatía contra los invasores del Ejército Rojo soviético en la década de los 80.

El 12 de noviembre de 2001, las tropas de la Alianza del Norte entraron a una Kabul abandonada por los talibanes. Los jefes del régimen que habían tomado el poder cinco años antes ahora escapaban en una caravana de camionetas 4x4 hacia el sur y se hacían fuertes en Kandahar. La resistencia duró apenas unos días, el 6 de diciembre también tenían que entregar su ciudad sagrada. El *mullah* Omar y sus combatientes se perdieron en las montañas del sur y nunca más se lo vio en público. Desde allí envía mensajes y reorganiza sus filas. En octubre de 2005 hablé con uno de sus oficiales en la ciudad paquistaní de Peshawar. Me dijo que se estaban reagrupando y que pronto iniciarían una ofensiva. Tres meses después comenzaron los ataques contra las fuerzas del gobierno del proestadounidense Hamid Karzai. Muchos predicen que los talibanes van a aumentar sus ataques hasta convertirse en una fuerza guerrillera con potencial para retomar el poder.

El 20 de noviembre se vio por última vez en público a Osama bin Laden. Rodeado por un batallón de sus mejores combatientes sauditas subía las Montañas Blancas de la cordillera del Hindu Kush y se perdía entre la red de cuevas excavadas por los contrabandistas que operan en esa zona desde hace mil años. Osama conocía perfectamente

la zona. Allí tenía instalado su cuartel general durante la guerra contra el Ejército Rojo que había invadido Afganistán en la década de los 80. Sus hombres se habían casado con las viudas de las tribus de los pashtunes que mantienen un territorio autónomo entre la frontera afgano-paquistaní. Entre los 16 millones de pashtunes que viven en esa área de mil kilómetros de largo permanecen aún escondidos Osama y su pequeño ejército. Desde allí sigue inspirando la Guerra Terrorista. Y no es que desde esas cuevas el ex multimillonario saudita pueda ordenar y controlar la red Al Qaeda y todos los atentados que se producen en el mundo, pero una palabra suya basta para que cientos de combatientes musulmanes pongan en funcionamiento sus células repartidas por el planeta. Si dice que “hay que atacar con toda la fuerza a los infieles que ocupan la Mesopotamia junto al Gran Satán”, los fanáticos saben que hay que golpear a Gran Bretaña, Italia y España. El 7-S de Londres y el 11-M de Madrid, con sus decenas de muertos y heridos por las bombas que explotaron en el metro y los trenes, son la prueba de que Al Qaeda puede atacar en cualquier momento y en cualquier lugar del mundo más allá de que Osama esté o no detrás de la planificación del atentado.

En octubre de 2005 regresé a Afganistán y Pakistán y pude entrar en la zona tribal de los pashtunes. Tuve que hacerlo acompañado por un comando de militares paquistaníes. Es la única forma en que los extranjeros pueden recorrer las montañas del Hindu Kush. Con los soldados detrás y el miedo general, es muy difícil encontrar gente que hable, pero aún quedan algunos, los pashtunes son muy curiosos. Me explicaron que los hombres de Osama ya eran parte de las tribus por estar casados con las hijas de los jefes o las viudas de los muyahaidines muertos en la guerra y que podrán vivir tranquilos en ese territorio por el resto de sus vidas.

La decisión de invadir Irak se tomó el mismo día en que se ordenó el ataque a Afganistán. En una reunión del Consejo de Seguridad de la Casa Blanca, apenas tres días después del 11-S, los militares pusieron las opciones sobre la mesa al presidente George W. Bush: atacar Afganistán solamente, a Afganistán e Irak al mismo tiempo, o a uno por vez. Bush decidió ir primero por Kabul y luego por Bagdad.

Cuando regresé de Afganistán comencé a buscar la visa para entrar a Irak. Era muy difícil. La Argentina no tenía relaciones con el régimen saddamista desde que el presidente Carlos Menem tomó la decisión de aliarse con los Estados Unidos en la Guerra del Golfo. Lo intenté a través de la embajada en Brasil, la más cercana a Buenos Aires, así como las de Washington, Roma y París. Logré hacer un contacto con el embajador iraquí en Brasilia quien me prometió que me daría el permiso para entrar en Bagdad. Lo estuve llamando casi todos los días por seis meses. “*Mister Sierra, we can’t do anything but waiting*”, me repetía desde el otro lado de la línea. Cuando la guerra ya parecía inminente y mi esperanza de estar allí para contarla se desvanecía, el embajador me dejó un mensaje en el diario: la visa había llegado.

Tuve que viajar a Brasilia a buscarla. El embajador me recibió con honores en la humilde residencia del barrio de las representaciones extranjeras de Brasilia. Me dijo que esa era una de las cuatro visas que se iban a otorgar en toda América Latina. Luego iba a saber a quiénes les habían dado las otras: a los equipos de Televisa de México, Televisión Nacional de Chile y *Folha* de San Pablo. Con la visa estampada y el apoyo del editor general de *Clarín*, Ricardo Kirschbaum, partí a fines de febrero de 2003 hacia Bagdad. Llegué a Amman, Jordania, vía Roma –donde recibí la “bendición” de mi amigo y gran maestro Julio Algañaraz y su esposa Cristina– y desde



allí por Iraqi Airways hasta Bagdad. La mayoría de los pasajeros éramos periodistas. Eran las tres de la mañana, suponía que en la terminal del aeropuerto Saddam Hussein (todo llevaba su nombre) no iba a haber más que un somnoliento funcionario para ponernos un sello de entrada. Por el contrario, el aeropuerto parecía la Quinta Avenida de Nueva York un 20 de diciembre a las cinco de la tarde. Estaba repleto de funcionarios, militares que iban de un lado al otro, changarines y curiosos de todo tipo. En ese momento tuve la imagen perfecta de la dictadura saddamista. Toda esa gente estaba allí como parte del enorme aparato de corrupción que drenaba las ganancias del petróleo desde hacía muchos años. Fui pasando de un burócrata a otro: todos me iban pidiendo papeles y pago de dinero. Por la *laptop*, 100 dólares por día de estadía; por el teléfono satelital, 150; por una cámara de video, 250. Había que pagar por adelantado o los equipos quedaban confiscados. Esa noche repartí unos 1.000 dólares para que me dejaran llegar al hotel con todo lo que había traído. Mis colegas de la televisión tuvieron que pagar mucho más.

El clima en Bagdad era de relativa normalidad. La única señal de que se acercaba la guerra era la constante propaganda del régimen en la televisión y los desfiles de milicianos cada fin de semana. El Gobierno decía que iba a haber una resistencia en las calles de Bagdad que impediría por meses y años el avance de las tropas estadounidenses. Pero cuando hablaba con los milicianos en los barrios, me decían que ellos iban a defender por sobre todo “nuestras familias y nuestras casas”. De las calles y el régimen nadie prometía nada. Supe que la resistencia iba a ser menor o inexistente, como lo fue.

La noche del 18 de marzo de 2003 fui a ver al coronel argentino Gustavo Juárez Matorras, el jefe de una de las unidades de inspectores de las Naciones Unidas que

estaba en Irak tratando de verificar la aseveración de la Administración Bush de que Saddam Hussein tenía un programa de desarrollo de armas de destrucción masiva. Lo encontré en un pequeño hotelito en el barrio bagdadí de Karrada. Me dijo que se iban, que había recibido la orden de evacuar de inmediato Bagdad. “¡No sabes cómo me hubiera gustado determinar si había o no armas químicas aquí! No encontramos nada, y por lo que vimos no hay ninguna evidencia de que tengan la capacidad para una producción masiva de químicos o uranio enriquecido. Pero la única manera de probarlo científicamente es quedándonos unos meses más y terminando nuestro trabajo. No nos dejaron”, me confió esa noche con preocupación y una enorme frustración. Juárez Matarras sabía lo que sospechaba el mundo, que todo era una excusa para empezar la guerra.

Cincuenta días más tarde, el 29 de mayo de 2003, el presidente Bush creyó su propia mentira. Se presentó ante las cámaras y dijo: “Hemos hallado las armas de destrucción masiva”. Se refería a dos pequeños laboratorios móviles que habían sido encontrados, uno por los *peshmergas* (combatientes) kurdos cerca de Irbil, y otro por los *marines* estadounidenses en un campo en las afueras de Mosul. Bush lo dijo contradiciendo un informe de un grupo de expertos enviados a Bagdad por la Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa y que apenas 48 horas antes había aclarado que los dos trailers encontrados no eran laboratorios armados para desarrollar armas químicas sino para elaborar hidrógeno que se utilizaba en aerostatos del Servicio Meteorológico iraquí. Fabricaban el hidrógeno que necesitaban los globos para elevarse y determinar en esas áreas agrícolas el estado del tiempo.

La información que enviaron desde Bagdad los nueve científicos e ingenieros estadounidenses y británicos el 27 de mayo de 2003 no solo fue ignorada sino que la CIA

intentó por todos los medios transformar la información a favor de la línea argumental de la Administración. Ese mismo día, la dirección de la agencia liderada por George Tenet, puso en el sitio de Internet un informe denominado “Iraqi Mobile Biological Warfare Agent Production Plants”, en el que daba cuenta del hallazgo de los “laboratorios móviles para la producción de armas de destrucción masiva”. De esa manera trataban de salvar la cara de la Casa Blanca y del entonces secretario de Estado, Colin Powell, quien en una histórica sesión ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había mostrado unos dibujos de carromatos metálicos, de los que salían unas tuberías, como evidencia de que el régimen de Saddam Hussein estaba fabricando armas químicas. Ese se convirtió en el principal argumento para ir a la guerra.

La información la había obtenido la CIA de un ingeniero químico iraquí refugiado en Alemania. El hombre, que figuraba en la lista de pagos de la agencia con el nombre de “Curveball”, había inventado toda la historia para obtener el permiso de residencia para su familia en Berlín y ganar algún dinero.

En septiembre de 2004, otra investigación ordenada por el Congreso estadounidense, liderada por el llamado Iraqi Survey Group, llegó a la misma conclusión que los expertos enviados por la Agencia de Inteligencia del Departamento de Defensa. Nunca se encontró ninguna evidencia de que el régimen saddamista haya tenido un programa serio para el desarrollo de armas químicas a gran escala.

El otro argumento utilizado por la Administración Bush para declarar la guerra fue que Saddam Hussein mantenía lazos con Osama bin Laden y su red terrorista. Una nueva falacia. Saddam es un megalómano que jamás permitió que ningún otro ser humano le pudiera disputar ni un ápice de su poder. Permitir la entrada de

Osama o sus hombres en territorio iraquí era ceder una porción de poder. Era un grupo armado que él no podría controlar. “Saddam pensó en un momento que podía beneficiarse de Osama y recibió a un enviado, pero le negó todos los pedidos. Lo que querían era trasladar los campos de entrenamiento de Afganistán a Irak y a Saddam esto le pareció muy peligroso”, me comentó una noche, después de unos whiskies, un ex funcionario saddamista que decía tener muy buena información que obtenía de los máximos jefes de la inteligencia iraquí, a quienes atendía en un club privado de Bagdad.

Saddam también desconfiaba de los ultrarreligiosos. Había sido un verdadero agnóstico y desdeñado al poder del clero islamista, tanto shiíta como sunita (él era sunita), hasta que tras la Guerra del Golfo necesitó de nuevos aliados. Fue en esa época que comenzaron a aparecer unos murales y fotos de Saddam rezando. Bin Laden es un extremista religioso muy cercano a sus enemigos shiítas del sur del país a quienes él había sojuzgado durante 35 años. Si bien podía simpatizar con el ataque de Al Qaeda contra las Torres de Nueva York, no tenía el mismo sentimiento por la filosofía que está detrás de los kamikazes. Saddam criticaba abiertamente a Bin Laden cuando conversaba con su entorno.

Lo paradójico es que en este caso sí se cumplió la mentira de Bush. Al Qaeda está ahora en territorio iraquí y es allí donde se entrenan los nuevos combatientes. Mientras se acercaba la guerra, algunas organizaciones cercanas al partido Baaz (el partido de Saddam) recibieron a centenares de muyahaidines de todo el mundo árabe que venían para pelear la *jihad*, la guerra santa. Recuerdo a un grupo de marroquíes con el que me encontré en la plaza de Fardous, unas horas antes de la entrada de los *marines* al centro de Bagdad, el 9 de abril de 2003. Uno de ellos hablaba español. “Ayúdame a ocultarme, nos

matarán”, me dijo. Estaban todos descalzos y desarrapados. Se habían quitado las botas y el uniforme que les habían dado los iraquíes para intentar desaparecer entre la población civil. Muchos de esos hombres se quedaron en Irak y se unieron en los meses siguientes a la resistencia y luego a la red de Al Qaeda liderada por el jordano Abu Mussab al Zarqawi. Desde entonces, Al Qaeda se hizo responsable de la gran mayoría de los ataques con coche-bomba que azotan a Irak cada día. “Ellos causaron más muertos inocentes iraquíes que el ejército estadounidense”, me dijo enojado un joven dirigente estudiantil iraquí al que entrevisté en la universidad de Bagdad. Expresaba el sentimiento de toda la población iraquí que también, por supuesto, rechaza fervientemente la invasión del ejército estadounidense.

La guerra comenzó el 20 de marzo de 2003 a las cinco de la mañana. Habíamos esperado toda la noche que se produjera el primer bombardeo. Bush lo había anunciado unas horas antes al cumplirse el plazo del ultimátum que le había dado a Saddam. Los primeros misiles cayeron en uno de los centenares de casas y palacios que mantenía Saddam y por los que iba desplazándose cada noche por razones de seguridad. El dato de que se encontraba en ese lugar junto a su gabinete y sus hijos se lo había pasado uno de los hombres de su círculo más íntimo: el canciller Naji Sabri. Luego supimos que hacía tiempo que trabajaba para la CIA, y que por sus servicios durante la guerra recibió 100.000 dólares. Sabri permaneció en Bagdad y no fue arrestado como todos los jefes del régimen ni apareció en el famoso mazo de cartas de los “criminales saddamistas más buscados” que confeccionó el Pentágono. Ahora enseña periodismo en una universidad de Qatar.

Pero no fue el único que traicionó a Saddam. También lo hicieron algunos de los máximos generales de la

Guardia Republicana, su cuerpo militar de elite, que supuestamente iba a presentar resistencia “hasta la última gota de sangre” en las calles de Bagdad. Cuando entré en la “ciudad oculta” de Saddam, la zona donde se encontraba el Palacio de la República, varios ministerios y las sedes de la Guardia Republicana y el partido Baaz, vedada para cualquier extranjero, al día siguiente de la caída del régimen, pude ver las trincheras y las entradas de los edificios repletas de uniformes del ejército iraquí. Oficiales y soldados se los quitaron y se habían ido tranquilamente a sus casas. Prácticamente no hubo combates importantes en el centro de Bagdad. Los generales prefirieron “guardarse para otra guerra” y se sospecha que algunos están viviendo tranquilamente con sus familias en Florida. Ellos también trabajaban para la CIA y recibieron recompensas. Otros se unieron meses más tarde a la resistencia sunita.

El ejército invasor estadounidense avanzó a velocidad de crucero desde Kuwait hacia el norte. La guerra se extendió por apenas 21 días. El régimen prometía una defensa de Bagdad, calle por calle. Ya sabía que no iba a suceder. Cuando hablaba con la gente en los mercados, en la cola de la panadería, me decían la misma frase que me repetían los milicianos cuando llegué a Bagdad: “Vamos a defender a nuestra familia y nuestras casas”. No hubo una real resistencia a la invasión.

La guerra es como la vida: indescifrable, sin blancos y negros, contradictoria, misteriosa, saca lo mejor y lo peor del ser humano, a veces, al mismo tiempo. Recuerdo que apenas una o dos horas después de un fuerte bombardeo, las calles se poblaban de gente que iba a hacer las compras, los autobuses de dos pisos que habían comprado a los ingleses corrían por las avenidas y los chicos jugaban al fútbol a la vera del río Tigris. Hasta bien entrada la guerra, cuando había rumores de que los

tanques estadounidenses estaban a unos pocos kilómetros, la gran mayoría de los bagdadíes siguió haciendo una vida muy cercana a su cotidianeidad. Obviamente, esto no era así para las miles de víctimas de los bombardeos. Pero recuerdo que cuando visité el hospital de Hilla, a unos 100 kilómetros al sur de Bagdad, donde se había producido un fuerte ataque aéreo, la mayoría de los heridos me relató que habían sido alcanzados por la metralleta cuando estaban colgando la ropa, trabajando en una carpintería o jugando en el jardín. La muerte y la destrucción siempre sobrevienen cuando estamos ocupados en nuestros quehaceres diarios.

El 8 de abril de 2003 estaba junto a unos 200 colegas confinado en el hotel Palestine, en la orilla oriental del río Tigris y con vista perfecta a la “ciudad oculta” de Saddam. Hasta allí habían llegado los tanques estadounidenses que disparaban contra un grupo de elite de la Guardia Republicana desde su búnker ubicado justo detrás del Palacio de La República. La batalla se extendió por horas y los periodistas latinos que estábamos en el piso 16 pudimos seguir los acontecimientos como si estuviéramos en un cine gigante. A media mañana las tropas invasoras se hicieron con la posición y la batalla se trasladó al centro, por el control del puente de Jamuriya, a unas 15 cuadras de donde estábamos. Los aviones seguían bombardeando lo que parecían los últimos focos de resistencia, en otros sectores de la ciudad. De pronto hubo un momento de silencio, una tregua. Salí del balcón desde donde seguía lo que sucedía, detrás de mí salió Jorge Pliego de Televisa, que dejó su cámara rodando por las dudas, y Olga Rodríguez de Cadena Ser de España se corrió unos metros para atender un llamado de su emisora. En el “living” de la suite 1602-03 estaba el resto de “la banda”, los colegas italianos, españoles, portugueses, mexicanos y chilenos con los que compartí la cobertura de la guerra. En el instante

en que comencé a caminar hacia la otra habitación, donde tenía mi computadora, sentí una explosión que me tiró contra una de las paredes y escuché a Jorge que gritaba: “¡Hay que bajar! ¡Hay que bajar!”. Lo primero que vino a mi mente fue la imagen de las Torres Gemelas. Suponía que una bomba había caído sobre el edificio y que se estaba derrumbando. Bajamos los 16 pisos en tiempo récord. No entendí lo que me estaba gritando Ferdinando Pellegrini de la RAI cuando pasé por el piso 13. Me di cuenta cuando llegué al *lobby*. Ya estaban bajando por un ascensor a José Couso, el camarógrafo de Antena 3 de España. Luego vino Taras Prosiuk, otro camarógrafo ucraniano de la Reuters. Y otros tres compañeros de la misma agencia, heridos. Un cañón estadounidense que estaba en una punta del puente de Jamuriya nos había disparado, como también lo habían hecho un rato antes a las corresponsalías de Al Jazeera y Al Arabiya, las dos cadenas de televisión árabes.

Desde que comenzó la guerra de Afganistán y la de Irak hasta fines de abril de 2006, cayeron 67 colegas cubriendo esta información. Nosotros perdimos a José Couso y aún esperamos justicia.

Alrededor de las tres de la tarde del día siguiente, el 9 de abril, entró la primera fila de tanques estadounidenses a la plaza de Fardous, frente al hotel Palestine y centro vital de Bagdad. No hubo un solo tiro. En unos pocos minutos, el lugar se empezó a llenar de gente, eran vecinos y chicos jóvenes que se sacaban las camisetas y las revolaban en señal de júbilo. Fue el momento de la imagen histórica de la caída de la estatua de Saddam. No había mucha gente, solamente unos miles. Tampoco había euforia, apenas alegría. Yo estaba en un costado de la plaza haciendo unas entrevistas y conteniendo las lágrimas. Tenía un sentimiento encontrado. Por un lado estaba la muerte de José. Por el otro, la realidad de que la guerra se



había terminado. Me encontré entre la multitud con Jon Sistiaga, el reportero de Antena 3 y compañero de Couso. Nos abrazamos fuerte. “¡Un día más! ¿No podía haber aguantado un día más?”, me decía. Hablaba de José.

Unas horas más tarde comenzaron los saqueos y el caos. Por donde uno transitaba, había algún grupo de gente tratando de robar o romper algo. Recuerdo a unos tipos con herramientas tratando de entrar en un banco. Y a los que salían de la embajada alemana con cuadros y alfombras. Los que iban con un auto del que habían enganchado unas sillas de escritorio a las que hacían rodar por el pavimento. Los que incendiaron la Biblioteca Nacional y el Registro Civil. En la biblioteca de Asuntos Religiosos entramos unos días más tarde con el camarógrafo rioplatense Jorge Casal en el momento en que comenzaba el fuego. Unos chicos estaban sacando a los golpes unos ventiladores de techo que no les servirían para nada más que chatarra. Rescatamos unas pinturas antiquísimas y las dejamos en el patio, lejos del fuego. Antes de irnos vimos a dos clérigos que corrían a rescatar los Coranes, algunos escritos hace 500 años.

Todo ese caos fue el comienzo del desastre. La población iraquí entendió claramente que ahí había caído un régimen y no se había implantado un nuevo orden. Los generales no querían exponer a sus tropas. Los *marines* tenían la orden de no reprimir, de no meterse. Comenzaron las venganzas personales y ya se podía ver a una gran parte de la población armada por las calles. Los Estados Unidos ganaron la guerra en 21 días y la perdieron en las 72 horas siguientes.

Regresé dos veces a Irak. Estuve casi un mes para el primer aniversario de la guerra, y en enero y febrero de 2005 para las primeras elecciones generales. Fui viendo cómo se deterioraba cada vez más la vida de los iraquíes. La guerra civil incipiente fue escalando mes a mes y hoy

ya nos encontramos con un enfrentamiento abierto entre shiítas y sunitas, las dos corrientes mayoritarias dentro del islamismo y que se separaron cuando se desató la lucha por la sucesión de Mahoma hace 1.200 años. Cada grupo reivindicaba una rama diferente de la familia del profeta. Desde entonces mantienen sus diferencias. La mayoría de los mil millones de musulmanes que hay en el mundo es sunita, pero en Irak e Irán, la mayor parte de la población es shiíta. En los primeros meses de 2006 comenzaron a salir los reportes de desplazamientos de seguidores de una u otra corriente que tenían que abandonar un territorio dominado por “el enemigo”. En abril ya había más de 100.000 desplazados y refugiados. Son los que “tuvieron suerte”, porque en los barrios mixtos de Bagdad, donde convivieron por siglos familias sunitas y shiítas sin mayores problemas, aparecen muertos de a decenas cada día. No hay cifras exactas, pero desde que comenzó la guerra murieron entre 40.000 y 100.000 civiles.

Ya hoy es casi imposible hacer periodismo en Irak. Muy pocos reporteros se atreven a salir a la calle. Cuando estuve durante las elecciones de 2005, el equipo de la RAI de Italia tenía prohibido salir del hotel. Dependían pura y exclusivamente de periodistas iraquíes *free-lance* que les traían la información o las filmaciones. Cada vez que yo salía, había toda una ceremonia de despedida, como si no me fueran a ver nunca más. Tenía que estar llamando a mis compañeros cada media hora para que supieran que nada me había pasado. El peligro más grande era el secuestro. El día en que salí de Bagdad por tercera vez, apenas llegué a Amman me avisaron que habían secuestrado a Giuliana Sgrena de *Il Manifesto* de Italia. Lo que se vive hoy en Irak es una guerra después de la guerra que nadie sabe qué dinámicas podría disparar en Oriente Medio y Asia Central en los próximos años. Los 150.000 soldados estadounidenses que permanecen allí aparecen como simples espectadores.

Regresé a la zona del primer conflicto en septiembre de 2005. Después de meses de trámites burocráticos y gracias a la ayuda del embajador argentino en Islamabad, logré el permiso para entrar a la “zona tribal” de los pashunes entre las fronteras de Pakistán y Afganistán. Allí pude observar lo difícil que es encontrar a Osama bin Laden y sus hombres perdidos entre las montañas del Hindu Kush. Pero también pude comprobar que nadie lo está buscando realmente. Del lado paquistaní no hay signos de movilización de tropas o de rastillaje permanente de la zona. Lo único que se nota es que los pashtunes siguen gozando de la misma autonomía que obtuvieron de los británicos a principios del siglo pasado. Los pashunes jamás pudieron ser conquistados por ninguno de los ejércitos que en la historia pasaron por allí de camino a la India, y tampoco se van a dejar dominar ahora. Lo que ya se veía era la recuperación de los talibanes que estaban dispuestos a regresar al poder en Kabul. Dos meses más tarde comenzaron a aparecer reportes de constantes combates en la frontera y la caída de soldados estadounidenses en emboscadas armadas por los muyahaidines talibanes. Osama parece seguir gozando de buena salud a pesar de los reportes que indicaban que estaba gravemente enfermo. Cada tanto envía un nuevo video a Al Jazeera lleno de amenazas y el mundo tiembla.

Irán es otra cosa. Cuando aterricé en Teherán por primera vez en marzo de 2006, me llevé una gran sorpresa. La diferencia con los países árabes es notable. La ciudad es una megalópolis muy sofisticada que muestra el alto nivel de educación que tiene la población. Me encontré con gente muy inteligente, tanto entre la oposición liberal como entre los ultraconservadores que están ahora en el poder. “Acá básicamente lo que cambió es que millones de campesinos y trabajadores que bajo el régimen del Sha no tenían nada, con la revolución islámica de

1979 pudieron acceder a una porción de la riqueza. Pero también hay que tener en cuenta que muy poca de la antigua riqueza fue repartida. Más bien, lo que se entregó fueron las enormes ganancias que entraron por la venta del petróleo. Hoy hay más de 50.000 millones de dólares al año para repartir. Y la riqueza antigua de la oligarquía cercana a la monarquía mantiene sus privilegios”, me explicó un diplomático formado como economista y que permanece en Teherán desde hace seis años.

Mahmoud Ahmadinejad es la expresión de esa situación. Los reformistas tomaron el poder de la revolución y gobernaron durante diez años dando enormes libertades que beneficiaron por sobre todo a las clases media y alta. Pero los desposeídos no recibieron prácticamente nada. Cuando llegaron, a mediados de 2005, a unas elecciones en las que se enfrentaron el clérigo multimillonario y ex presidente Akbar Hashemi Rafsanjani (acusado de corrupción y visto como la expresión de los viejos ayatolás), con el joven alcalde de Teherán, un ultraconservador y dinámico que prometía regresar a las fuentes de la revolución y repartir las ganancias del petróleo, la gente no tuvo por dónde perderse. Ahmadinejad logró el poder. Y desde ese mismo momento sabía que si no levantaba alguna bandera nacionalista que cobijara a toda la población, y no solo al 50% que lo había votado, no tardaría en regresar al llano. Se tomó del desarrollo nuclear. Ordenó a los excelentes científicos iraníes que aceleraran el proceso y en abril de 2006 anunció que Irán ya estaba produciendo uranio enriquecido al 3,5%, suficiente como para generar energía. Estados Unidos ve a Ahmadinejad como “un nuevo Hitler” al que tiene que detener “antes de que sea tarde”. La Administración Bush está convencida de que el régimen iraní lo único que busca es la bomba atómica. Y si bien el gobierno de Teherán lo niega y asegura que necesita centrales atómi-

cas para hacer frente a la falta de combustible que prevé para dentro de veinte años. Sus vecinos Pakistán y Rusia, así como la cercana India, forman parte del club nuclear y si la teocracia iraní quiere mantener su primacía en la región necesita ser socia del exclusivo grupo.

Cierro este libro bajo la amenaza de un ataque estadounidense a Irán. Espero que nunca se produzca, que Washington haya entendido la complejidad de intervenir en la región. La aventura militar en Irak ya se observa desde hace tiempo como un fracaso rotundo. Tengo la esperanza de que un cambio en la Casa Blanca, en las elecciones de noviembre de 2008, traiga un poco más de cordura, que los conflictos vuelvan a tener una salida diplomática y la Guerra Antiterrorista se continúe respetando los marcos legales y democráticos.

Por sobre todo, espero que surjan hombres y mujeres, tanto del mundo musulmán como del occidental, que logren construir los puentes que hoy no existen y que debemos transitar de un sector al otro. Tenemos la obligación de evitar por todos los medios posibles que se haga realidad el tan temido choque de civilizaciones. De todos modos, no tengo ninguna esperanza de que estas vayan a ser las últimas guerras que tenga que ver mi generación. La estupidez es infinita y el ser humano es violento por naturaleza. Esa faceta de nosotros, los hombres y mujeres, es la que me intriga y me moviliza. Y estoy convencido de que los periodistas tenemos el deber de tratar de desentrañarla. En las guerras se producen situaciones donde estamos más vulnerables y podemos conocernos mejor. Voy a seguir yendo detrás de esa búsqueda de respuestas a nuestro comportamiento. Continuaré siendo un testigo y espero regresar para dar testimonio.

Buenos Aires  
Junio de 2006

## ÍNDICE

Prólogo .....	9
Capítulo 1 <b>ESPÍAS Y CHOCOLATES</b> .....	27
<i>(Kabul, diciembre 2001)</i>	
Capítulo 2 <b>MUYAHADINES Y TALIBANES</b> .....	41
<i>(Afganistán, diciembre 2001)</i>	
Capítulo 3 <b>LA BASE</b> .....	55
<i>(Afganistán, diciembre 2001-octubre 2005)</i>	
Capítulo 4 <b>MÉDICOS, RESISTENCIA Y MARINES</b> .....	67
<i>(Bagdad, marzo-abril 2004)</i>	
Capítulo 5 <b>EL MARINE ARGENTINO</b> .....	83
<i>(Bagdad, abril-mayo 2004)</i>	
Capítulo 6 <b>VIDA DE PERROS EN BAGDAD</b> .....	95
<i>(Bagdad, enero 2005)</i>	
Capítulo 7 <b>LA CORTINA DE ALAMBRES DE PÚA</b> .....	105
<i>(Guantánamo, diciembre 2003)</i>	

Capítulo 8	
<b>EN EL HINDU KUSH, TRAS LAS HUELLAS DE OSAMA BIN LADEN .....</b>	<b>129</b>
<i>(Pakistán, septiembre 2005)</i>	
Capítulo 9	
<b>BOLAS ANARANJADAS HACIA EL CIELO .....</b>	<b>153</b>
<i>(Bagdad, 23 y 24 de marzo de 2003)</i>	
Capítulo 10	
<b>DEL NEGRO PROFUNDO A LA LIBERTAD .....</b>	<b>173</b>
<i>(Teherán, marzo 2006)</i>	
<b>Agradecimientos .....</b>	<b>207</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>209</b>